

sobrenatural atribuido al tabaco, que para los indoantillanos constituía un complejo de ritualismo religioso-mágico, fundamentalmente purificador, estimulante y sedativo, o sea de acción psíquica, fisiológica y religiosa.

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA. Junta Nacional de Arqueología y Etnología. Oficina del Historiador de la Ciudad. Palacio Municipal. La Habana, Cuba, 2ª época. N° 1.

Un suceso curioso

Hay sucesos que, a pesar de su gran contenido trágico, hacen reír. Bergson y Freud han explicado satisfactoriamente el motivo. Uno de esos sucesos es el que narra Pedro Ordóñez de Ceballos en su *Viaje del Mundo*, que exhumó la *Revista Popayán* y que sólo conocemos a través del magnífico estudio que don Gregorio Hernández Alba hizo bajo el título de "Etnología de los Andes del Sur de Colombia".

En todo caso, la culpa es del buen Ordóñez de Ceballos, que con la mayor formalidad —y con una horrible sintaxis que ni en su época ni en su medio pudo haber sido buena— cuenta los peores horrores, como por ejemplo, en el caso de aquel santo fraile que, sin duda por la pésima alimentación a que se sujetó, hizo de su carne un verdadero tósigo hasta para aquellos caníbales, evitando a sus compañeros, si no la muerte, por lo menos la perspectiva de ser cocinados. He aquí su frase:

"A todas las naciones comarcanas de indios, salvo la suya, comen; y a todos los españoles, y dicen que es la más sabrosa carne; comen también a los negros; solían comer a los frailes y por una gran mortandad que les causó uno ya no lo comen, aunque los matan."

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CAUCA Popayán, Colombia. Núm. 5. Cita de don Gregorio Hernández de Alba: *Revista Popayán*. Año XXVI. N° 171. Año 1938.

CASA SCHINKEL

DEPOSITOS UNIDOS

Isabel la Católica No. 1

México, D. F.

Instalación de Hospitales
Instrumentos de Cirugía
Cristalería para Laboratorios
Artículos para Dentistas

Todo para Química y Farmacia

SUCURSALES:

VERACRUZ — PUEBLA

TAPACHULA — LEON

MEXICO, D. F.

PALABRAS A LOS MEDICOS

POR EL DR. SALVADOR GONZALEZ HERREJON

Alocución del Director de la Facultad Nacional de Medicina a los alumnos que terminaron sus estudios en el presente año, y pronunciada en una ceremonia de despedida que se efectuó en el Auditorium del Instituto Nacional de Cardiología.

Que una generación estudiantil termine sus estudios escolares y empiece su Servicio Social, será siempre, para quien tenga la responsabilidad de dirigirla, una hermosa ocasión de hablar con ella.

Esta generación ha recorrido una etapa de su existencia y está en los linderos de otra, más amplia y más dilatada que la que acaba de pasar. Dió fin a su preparación para actuar en la vida, preparación que viene desde la infancia y que se inició, casi siempre, en los banquillos de una tranquila escuela provinciana; y esta generación, hecha hoy juventud madura, va a tomar su lugar en el conglomerado social. Se cierra un ciclo del vivir y se abre otro, acontecimiento que merece detenerse unos momentos en el camino para voltear hacia atrás y asomarse después a las rutas que van hacia el futuro.

Yo no quiero que sean muchos los minutos que gastemos en mirar al pasado, pues sé que la juventud tiene impaciencia por seguir adelante y lleva en sí misma un acicate vital que la empuja de frente y sé, por otra parte, que los años idos bien aprovechados o no, muertos están, porque el tiempo no retrocede; así es que me voy a limitar a decirles a unos cuantos meses de su examen profesional, que si miramos bien las cosas, la Escuela de Medicina no hace propiamente médicos, sino sólo enseña un conjunto de conocimientos básicos para llegar a serlo, y sólo nos adiestra en el dominio de una técnica que nos permita estudiar y comprender a los enfermos. No será sino muy adelante, en el devenir del tiempo, cuando después de haber ejercitado nuestros sentidos y nuestro juicio, llegaremos a poseer un criterio certero y justo de las enfermedades y de los enfermos y a ser dueños del secreto de la experiencia, todo lo cual sí nos hará médicos verdaderos.

Lo que acaban de escuchar se reduce a decir que al abandonar las aulas tan sólo somos modestos aprendices de la medicina y palpando la realidad de ese hecho y plenamente conscientes de la natural y obligada insuficiencia, el sentido de responsabilidad impone a los que van a actuar, el deber de ser cautos y prudentes, sin caer por eso en la exageración de un complejo de inferioridad, que les ate las manos y les paralice la mente. Con el bagaje que llevan adquirido se puede iniciar la brega, a sabiendas, eso sí, de que el estudio y el trabajo incesantes son los únicos que plasmarán un día su auténtica personalidad profesional y los harán facultativos de verdad. Ya la Escuela dió con generosidad todo lo que pudo; de aquí en adelante toca a ustedes mismos continuar y ser sus propios artífices. Aquellos que se abandonen, los que crean que todo fué ya hecho, tendrán que resignarse a practicar una medicina mediocre, y al contrario, los que alienten el ansia de saber, la curiosidad de enterarse de todo lo nuevo; los que escudriñen en los centros de mayor cultura y de selección de trabajo; los que tiendan, en una palabra, a perfeccionarse, tendrán una personalidad científica y un nombre, y dueños en plenitud de ciencia y de experiencia, gozarán una y muchas veces la suprema satisfacción de arrancar muchas vidas a la muerte.

Con el esfuerzo y el tesón que despliegan, los veo ya fraguados a sí mismos, en pleno dominio de sus actos, con la mano firme y el criterio exacto y cuando hayan ascendido a la cumbre donde todo

secreto empequeñece y sean poseedores del arte y de la ciencia de devolver la salud y de proteger y prolongar la existencia, les faltará aún, para profesar noblemente, entregarse a los que sufren, con amor y con caridad, con abnegación y con desinterés. La práctica de la medicina no tiene como finalidad enriquecerse, sino ser útil a los demás, prodigarse ampliamente. No se inspira en el lucro, sino en el amor del prójimo; es más sacerdocio que aprovechamiento, más renunciación que ambición. Pídale al trabajo el diario sustento y el de los nuestros y pídanse las modestas satisfacciones materiales a que tenemos derecho, pero no se espere, ni menos se busque, la abundancia. La riqueza caprichosa sólo colma a unos cuantos elegidos y la ganada sin conciencia y sin honor, es oropel que cobija muchas culpas e inquietudes.

Nos debemos a los demás, ya lo he dicho, y para eso se requiere que cada día traiga más acopio de saber y de destreza, renunciando a la ambición desmedida y torturante del dinero, para entregarnos sin reservas y sin vacilaciones a la noble tarea que elegimos.

Atender en lo personal al enfermo merece toda nuestra devoción; el que sufre se acerca a nosotros o nos llama a su lado franqueándonos las puertas de su hogar, lleno de fe, de confianza, de esperanza; deposita en nuestras manos lo mejor y a veces lo único que tiene: su salud, en ocasiones su honra, su vida misma, y nobleza a nobleza obliga; quedamos así comprometidos, a fuer de caballeros, a emplear todo lo que sabemos y todo lo que podemos indagar en pro de esos valores que fió a nuestros cuidados. Pero si esta es la conducta a seguir ante el paciente, si en estas breves normas está comprendido el código del deber para con los enfermos, nuestra misión de médicos no concluye en el ejercicio privado de la profesión; no acaba ni se extingue en la eficiente y honesta atención de la clientela; nos queda todavía por llenar una obligación de carácter colectivo, más alta, más fecunda, más trascendente.

Cada generación humana tiene el deber de dejar tras de sí algo mejor que lo que recibió, a crear bienes materiales y valores morales que produzcan bienestar y que eleven y dignifiquen la vida del hombre; de este modo, una vida individual sólo es plenamente completa si además

de realizar su misión privada contribuye al progreso de nuestra especie.

Yo dije a ustedes antes, y en este momento lo repito, que la finalidad esencial de la medicina es devolver la salud y proteger y prolongar la existencia del hombre y estas frases encierran no solamente aspiraciones restringidas al individuo como unidad, sino que implican además un sentido colectivo. "Proteger y prolongar la existencia del hombre" es marcar rumbos de acción pública, de tareas sociales, es invocar una idea general de superación y de progreso. Ahora bien, si en su noble cruzada el médico debe tender en dondequiera a proteger la vida y a prolongar la existencia de nuestros semejantes, entre nosotros el empeño debe redoblararse porque "somos un país de elevada mortalidad general, de alta morbilidad y de bajo promedio de vida, donde razas débiles, pobres y enfermas, se debaten en silencio para afianzar su vida sobre un suelo insalubre dominado por la ignorancia".

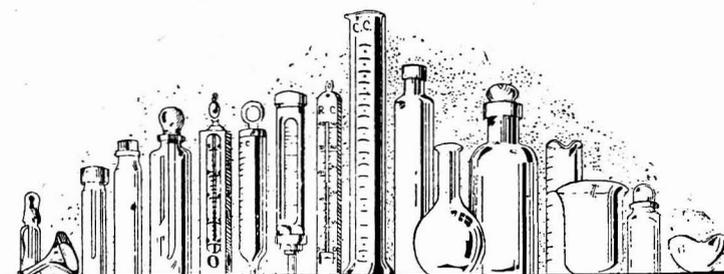
Así dije el año inmediato anterior al despedir a los alumnos que terminaban sus estudios y ese panorama sombrío será por mucho tiempo la tragedia nacional, la angustia de la patria; pero en él hallarán las juveniles energías el mejor campo para su acción desinteresada y generosa.

La situación higiénica, económica y cultural de la gran mayoría de la población, clama por que se le den los requerimientos imprescindibles de la civilización y de la cultura: agua potable, alcantarillados, alimentos suficientes, habitaciones adecuadas, vacuna, vestido, aseo, alfabeto, lucha contra las plagas, técnica del trabajo, etc.

Delineados ya lo que en mi pobre criterio, pero en mi sana intención, son los cauces correctos de la conducta del médico como profesionista, sólo me resta pedirles en nombre de la escuela que los formó y les entregó con desinterés y sin reservas cuanto supo y cuanto pudo —aun pasando por alto desbordamientos apasionados o actitudes equivocadas de otros tiempos— pedirles, digo, que con la conducta reflexiva de su juventud ya en sazón y con limpio y elevado proceder en todos los actos de su vida, honren su nombre, velen por su prestigio y conserven siempre fragante el recuerdo amoroso de su claustro.

ALFONSO MARHX

APARATOS PARA LABORATORIOS QUIMICOS
REACTIVOS Y COLORANTES PARA BACTERIOLOGIA



CASA ESPECIALISTA EN APARATOS CIENTIFICOS

Av. Independencia 46. MEXICO, D. F. Tel. Ericsson 12-47-98.